

FERNANDO DEL PASO

entrevistado por JUAN JOSE BARRIENTOS

LA LOCURA DE CARLOTA

NOVELA E HISTORIA

Palinuro de México, la famosa novela de Fernando del Paso, fue traducida por Michel Bibard, publicada por Fayard el año pasado y acaba de ser distinguida con el premio al mejor libro extranjero en Francia. *Vuelta* publicó en diciembre de 1979 una entrevista de Jorge Ruffinelli con el autor de *José Trigo* y *Palinuro*, a propósito de esta última novela. En las dos entregas más recientes de *Vuelta* aparecieron colaboraciones suyas, presentadas por Ulalume González de León en *La vida (a)leve*. Ahora, Juan José Barrientos, ganador del premio nacional de ensayo literario otorgado por el Instituto Nacional de Bellas Artes, entrevista a Del Paso sobre su próxima novela, basada en la historia de Maximiliano y Carlota.

Juan José Barrientos: En el siglo pasado Altamirano elaboró una especie de proyecto de literatura nacional y le asignó a la novela la misión de dar a conocer la historia del país, incluso mencionó la necesidad de que se escribieran más relatos acerca de lo que los mexicanos llamamos el Segundo Imperio. ¿Te parece que esa idea es todavía válida?

Fernando del Paso: Bueno, yo creo que cada escritor debe conservarse fiel a sí mismo y escribir lo que quiera y lo que pueda; yo no puedo sino desear que se escriba más novela histórica sobre México. Y las empieza a haber; existe una nueva ola de novelas históricas que no se había previsto hace algunos años en toda Latinoamérica. En uno de sus artículos, José Emilio Pacheco da una larga lista de novelas históricas que han aparecido en los últimos años: *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonazo, *El arrabal del mundo*, de Pedro Orgambide, *Temporada de ángeles*, de Lizandro Otero, *La noche oscura de Emilio Arlés*, de Edgardo Rodríguez Julián. No conozco sino dos de ellas, pero Pacheco dice que hasta cierto punto se podrían considerar como novelas históricas *Gringo viejo*, de Carlos Fuentes y *Don de la palabra*, de Arturo Azuela, y en fin cita otras más. Yo creo que podrían agregarse las novelas más o menos recientes sobre Lope de Aguirre de Miguel Otero Silva y Abel Posse, la novela basada en Miranda del venezolano Denzil Romero que obtuvo un Premio Casa de las Américas y por supuesto *La guerra del fin del mundo*, de Vargas Llosa. Es interesante darse cuenta de que el novelista latinoamericano no solamente está indagando en la historia de su propio país sino en la historia de otros países. *La guerra del fin del mundo* está basada en un hecho histórico que sucedió en Brasil; *Temporada de ángeles*, en la Inglaterra de Carlos I;

Carpentier escribió novelas como *El siglo de las luces* y *El reino de este mundo* en países que no eran el suyo. Quizá esta nueva ola de novelas históricas refleja una necesidad íntima muy profunda de vivir y comprender nuestro pasado o un poco de escapismo ante un mundo moderno tan atraz y tan inabarcable.

J.J.B. —Creo que incluso se está renovando el género y que los escritores se toman en general más libertades y en vez de presentar a los personajes históricos desde la perspectiva de personajes imaginarios, tratan de relatar desde el punto de vista de una figura prominente, que es el protagonista principal; eso es lo que hace Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra*, donde hay un monólogo muy largo de Colón, y lo que hace Otero Silva cuando inventa cartas de Aguirre, por ejemplo. Tu novela también encaja en esto porque lo primero que se te ocurrió, según me dijiste, era un monólogo de Carlota. ¿Por qué eligiste a Carlota y no a Maximiliano?

F.D.P. —Bueno, yo elegí a Carlota porque de los dos ella siempre fue el personaje más fuerte; en realidad, Maximiliano estaba más loco que Carlota, loco sin estarlo precisamente, porque toda esa aventura en México era un absurdo total, como se confirmó muy pocos años después. Él no tenía los pies en la tierra, era un idealista indeciso que creía en el derecho divino de gobernar de los Habsburgos y no se dio cuenta en qué olla de grillos se metía; Carlota sí se dio cuenta. Maximiliano era un escapista, cuando podía se iba a Cuernavaca, a los jardines Borda, a cazar mariposas y lagartijas o iba con su amante, la amante que dicen que tenía ahí, Concepción Sedano. Carlota se quedaba gobernando y cuando ella estaba como regente las cosas se hacían, las legislacio-

nes se aprobaban, las medidas se tomaban, porque Carlota era una mujer de decisiones. Ahora, los hechos que le dan una dimensión de tragedia griega al melodrama de Maximiliano y Carlota fueron la ejecución en México de Maximiliano —que él sufre de una manera excepcionalmente digna y valiente— y los sesenta años de locura de Carlota que siguieron. La muerte de Maximiliano lo convirtió en un mártir y Carlota es también de otra manera, pero su martirio es mucho más largo: entonces ella no solamente es el personaje más fuerte sino el más trágico. Y, como novelista, me pareció el personaje ideal para recrear otra locura que es más importante que la de ella, la locura de la historia. Por supuesto, me permito todas las libertades en el sentido en que yo tomo mi personaje loco, es decir Carlota, a los ochenta y seis años, a punto de morir, reviviendo en su imaginación y en voz alta el Imperio en todos los tiempos verbales: el Imperio que fue, el Imperio que será, el Imperio que es. Su monólogo no es necesariamente interno o externo sino simplemente un monólogo, en el cual por cierto hay puntuación y en el que Carlota muestra una gran lucidez; a final de cuentas es un monólogo lleno de lucidez aunque esté entrecortado en obsesiones, en locuras e imaginación, en sueños y delirios. Ahora, yo me di cuenta de que por mucha belleza trágica que pudiera yo alcanzar a través de ese monólogo me hacía falta alternarlo con hechos históricos narrados en una forma más directa; eso dio como resultado que la novela se convirtiera en una especie de contrapunto entre el monólogo de Carlota, que va alternado —son doce capítulos los de Carlota, comenzando por el uno, siguiendo por el tres, el cinco, etc.— con capítulos en los cuales hay bastantes páginas dedicadas a contar la historia de lo que pasó, las intrigas que precedieron a la intervención francesa, algunas anécdotas que ocurrieron en México durante esa intervención, en las batallas, en la guerra de guerrillas, y también de Maximiliano y Carlota, todas las dudas que tuvieron para aceptar el trono de México, luego su viaje, etc. Ya no sé si contesté la pregunta, pues si volvemos al tema de la audacia, creo que precisamente al convertirse en una novela de contrapunto, yo me he vuelto muy audaz en algunos capítulos y todo lo contrario en otros, viaje del cielo a la tierra de manera constante para encontrar lo que yo creo es un equilibrio en esa novela, porque, cuando un novelista o un dramaturgo o una persona que hace una película maneja un personaje loco, tiene que tener mucho cuidado, pues puede uno caer en un farrago de absurdos que pueda justificar la locura del personaje, pero que a final de cuentas no diga nada o diga muy poco; yo tuve que encontrar ese equilibrio con el que estoy luchando todavía en el monólogo de Carlota, que es la parte no terminada de la novela.

J.J.B. —Yo creo que al escribir desde el punto de vista de Carlota tenías la ventaja de la correspondencia de que hablabas antes, aunque desde luego Maximiliano también escribió mucho.

F.D.P. —Por fortuna se han publicado muchísimas cartas de Carlota, muchas de las cartas de Maximiliano, pero por supuesto falta mucho aún por descubrir. Sin ir más lejos, creo que una buena parte de la correspondencia de la corte de Bélgica no la han dado a conocer y se mantiene secreta, precisamente porque todavía hay una monarquía en Bélgica y en Inglaterra, y parte de esa correspondencia eran las cartas de la reina Victoria y el rey Leopoldo —Leopoldo era



Retrato de mujer joven. Feyta, s. II d.C.

el padre de Carlota y era el tío de la reina Victoria—, y el gobierno inglés no ha dado permiso para que se explore esa correspondencia. Con las cartas se presenta el problema de la caligrafía de aquella época, porque a veces aparece en un libro el facsímil de una carta o la fotografía y del otro lado la carta impresa y aún así a veces no se entiende la letra. Además, Maximiliano y Carlota se escribían a veces en alemán, a veces en francés; al Papa le escribían en italiano. Por fortuna yo puedo leer en inglés, francés y en italiano; en alemán no, pero la mayor parte de lo que está escrito en alemán ha sido traducido a alguno de esos tres idiomas o al español. Ahora, un novelista no es un historiador, llega un momento en que dice, bueno, ya no puedo manejar más documentación y ya no debo, a partir de esto voy a construir el libro. Yo me pasé más de dos años leyendo intensamente y después escribí la primera página de la novela. Desde hace tres o cuatro años decidí, ya lo he dicho alguna vez, establecer una especie de carrera entre la imaginación y la documentación. La documentación siempre tendrá el papel de la tortuga y la imaginación el de Aquiles; teóricamente Aquiles nunca va a llegar antes que la tortuga, pero en la práctica llega.

J.J.B. —Además, yo creo que al elegir a Carlota para contar la historia, puedes ver los hechos desde una época muy posterior...

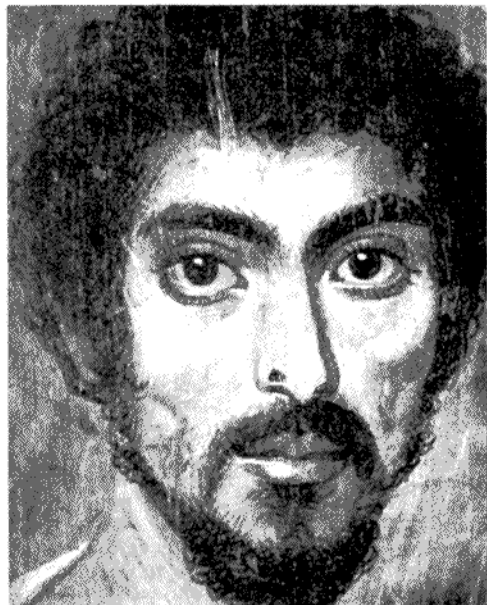
F.D.P. —Bueno, efectivamente, tienes razón. No solamente pasaron sesenta años, quizás desde muchos puntos de vista fueron los sesenta años decisivos de la época moderna, porque Carlota muere el año en que Lindbergh cruza el Atlántico en avión; ya hacía cuarenta años que Marx había publicado *El capital*, Sigmund Freud ya había establecido las

bases del psicoanálisis; se habían inventado el teléfono, el automóvil, la lavadora automática, la máquina de escribir, es decir Carlota puede contemplar en su imaginación un mundo con una perspectiva histórica que no hubiera tenido yo, si hago de Maximiliano el personaje principal en ese sentido.

J.J.B. —¿Y no hay algunos pasajes en que se cuente desde la perspectiva de Maximiliano?

F.D.P. —Sí los hay, porque en primer lugar la voz de Carlota no solamente es la suya: es también la voz de Maximiliano y la mía. Pero aparte de eso hay varias escenas, varios capítulos dedicados a Maximiliano y quizá el capítulo más revelador de su personalidad se llama "Sinex vulgaris queretansis". Ocurre en la celda de un convento, cuando él

ser un mexicano, porque lo más importante es que los Habsburgos llegaron a reinar sobre los españoles, sobre los mismos hispanoamericanos, sobre polacos, croatas, eslavos, húngaros, italianos y austríacos, y estaban absolutamente convencidos de que tenían el derecho divino a gobernar y de que, si ellos eran buenos gobernantes, ese derecho les garantizaba el amor de cualquier pueblo. Desde luego, los matrimonios entre los monarcas europeos también ayudaban a fomentar esa ilusión de que, siendo alemanes, podían transformarse en ingleses o en griegos. Se dieron casos como el del príncipe Alberto, que siendo alemán se casó con la reina Victoria y que fue un hombre que el pueblo inglés llegó a querer. Claro que se trataba de monarcas constitucionales



Retrato de hombre



Maximino Martínez, 1887

ya está condenado a muerte; a falta de barbero, él mismo recorta su barba rubia. Es una especie de monólogo también, parte lo piensa, parte lo dice en voz alta. El capítulo se llama así porque Maximiliano descubrió una chinche en Querétaro, que parece que era más grande que las chinches que lo habían atacado la primera noche que pasó en el Palacio Nacional de México, y entonces la bautizó *sinex vulgaris queretansis* y le mandó un ejemplar al sabio Billeme, que era uno de sus amigos, con el cual se iba a herborizar y a cazar mariposas en Cuernavaca. En ese capítulo es donde yo hago justicia a la parte más positiva del carácter de Maximiliano y donde quizá se trasluce su deseo auténtico de

que no gobernaban mucho y era más fácil quererlos.

J.J.B. —¿Y con los hechos mismos te tomaste muchas libertades?

F.D.P. —Me he encontrado con libros muy importantes donde está contado casi todo. Por ejemplo, el episodio en el cual se declara la locura de Carlota en Saint Cloud ha sido tratado por todos los historiadores, pero quizá el que trató esos episodios de una manera más completa fue el conde Egon de Corti, que publicó su libro hace más de cincuenta años; desde entonces, no ha habido información nueva o hallazgo que lo corrija o amplíen. En su libro se lleva alrededor de setenta páginas de letra muy pequeña y ren-

glón muy cerrado, porque narra en orden cronológico todas las escenas de los escándalos que le armó Carlota a Eugenia y a Napoleón: les echó en cara las promesas que no habían cumplido, les dijo que eran unos *parvenus*, que cómo esperaban que ella, una princesa que tenía sangre Borbona, se iba a humillar ante unos bastardos como eran los Bonaparte. Fue ahí cuando ocurrió el famoso episodio del vaso de naranjada. Todo está narrado con una gran minuciosidad por Corti de acuerdo a todos los testimonios que pudo conseguir. Es absolutamente indispensable para un novelista narrar todo eso, pero, como esa parte de la novela va en orden más o menos cronológico, no me hubiera podido separar mucho de lo que dice Corti, y me parece que el lector se hubiera fastidiado; entonces, se me ocurrió que Napoleón y Eugenia, que eran los ofendidos, se desahogaran con alguien que fuera de su confianza para poderle contar en desorden. Se me ocurrió poner a la condesa de Montijo visitándolos y a ellos desahogándose con ella. En esos momentos, no tenía yo en mi casa la información para saber si la madre de la emperatriz Eugenia estaba viva en 1867. Corrí desesperado a la biblioteca para averiguarlo y por fortuna estaba todavía viva. Esto que te estoy contando ya lo he contado en otras entrevistas, pero me parece que es interesante, porque es un problema muy específico, y la forma de resolverlo también... Asumí una responsabilidad, casi como si fuera un historiador, y decidí ser fiel a la historia, aunque me tomo libertades.

A veces el problema para un novelista que se enfrenta a una bibliografía tan grande es escoger. De Maximiliano se dijo que había tenido varias amantes y de la que más se ha hablado siempre es de la famosa Concepción Sedano, de Cuernavaca, que era hija o esposa, los historiadores no se ponen de acuerdo, del jefe de jardineros de la Quinta Borda. El novelista tiene el privilegio de elegir entre que sea hija o que sea esposa. Yo elegí en mi novela que fuera la esposa; es mucho más interesante, me pareció mucho más explotable ese hecho, porque significaba una humillación mucho más grande para el jardinero, que, si hubiera sido su hija, quizás hubiera sido casi un honor para él.

J.J.B. —A propósito, ya en *El cerco de las campanas*, Juan A. Mateos menciona los amores de Maximiliano, pero todavía no se ha escrito una novela en español sobre los supuestos amores de Carlota. Valle Arizpe comentó alguna vez que se debería escribir una y se ha dicho que en realidad Carlota se fue porque estaba embarazada y que a eso se debía también su locura.

F.D.P. —Bueno, la locura de Carlota se atribuye a causas distintas. Se dice que Carlota enloqueció cuando vio que todo se derrumbaba a su alrededor, sus sueños, el Imperio. Eso es poco probable porque Carlota enloquece seis o siete meses antes de que Maximiliano vaya a Querétaro, cuando no estaba todo perdido ni mucho menos. Los primeros accesos de locura de Carlota ocurren en Puebla, cuando va allí y luego a Veracruz a embarcarse hacia Europa. Después ocurre el episodio del vaso de naranjada. Hay una serie de teorías sobre la diversidad de hierbas mexicanas que se le pudieron dar a Carlota para volverla loca, o en un intento de matarla que fracasó y en el que ella perdió la razón, pero los científicos modernos que estudian los efectos del toloache, por ejemplo, no están de acuerdo. El toloache en grandes cantidades mata y en pequeñas puede enloquecer, pero

Carlota hubiera enloquecido mucho antes, si efectivamente se lo hubieran suministrado durante su viaje a Yucatán, como se dice. Esas teorías no tienen una base firme, pero sí es un hecho comprobado que Maximiliano y Carlota no tuvieron relaciones sexuales en México. En el día estaban rodeados de gente y en la noche dormían en recámaras separadas, había guardias a las puertas y nunca nadie vio que Maximiliano realizara una visita a Carlota o viceversa. Solamente pasaron una noche juntos en una recámara, que fue la noche de su llegada a México, cuando descubrieron que la cama imperial estaba llena de chinches y no pudieron dormir porque los mexicanos se pasaron toda la noche echando cuetes. En fin, si ella iba embarazada, eso sí pudo haber precipitado su locura, porque por supuesto era una mujer muy católica, era una princesa educada de una manera muy estricta. Todo el mundo se iba enterar de que ese hijo no era hijo de Maximiliano, y eso sí pudo haber sido terrible para ella, eso sí pudo haber desencadenado su paranoia, sobre todo si a eso se añadía la serie de fracasos que había tenido en México. Es un hecho que Carlota, después de que su hermano va por ella a Roma, permanece varios meses en Miramar encerrada; no la ve nadie más que sus parientes más cercanos y sus médicos, es decir poquísima gente. Después se la llevan a Tervuren durante varios años y por último al castillo de Bouchout, cerca de Bruselas, donde estuvo el resto de su vida, como cincuenta años. Entonces, pudo haber tenido un hijo durante esos meses, y se dice que ese hijo fue el famoso general Weygand. Es un hecho que en los diccionarios serios de historia moderna se dice que probablemente Weygand fue hijo de la emperatriz Carlota. Incluso se habló de dos amantes, el coronel Feliciano Rodríguez y el coronel Vander Smitten, del cuerpo de voluntarios belgas. Ahora, lo que pasa es que en la parte histórica yo hablo de esa posibilidad, casi tal como te la estoy contando. Te puedo decir parece que sí, parece que no, pero en el monólogo de Carlota, que es donde me permito todas las libertades, ahí no se define tampoco, porque es una cosa mucho más borrosa: Carlota tuvo y no tuvo un hijo, Carlota se embarazó nueve meses y tuvo un hijo, Carlota ha tenido un embarazo durante sesenta años y va a tener un hijo al final del libro, porque además el embarazo de Carlota es mi embarazo, es el parto que estoy haciendo yo también, el parto de la imaginación.

J.J.B. —Precisamente, yo creo que una de las formas en que se está renovando la novela histórica consiste en prestarle más atención al aspecto sexual, al grado de que a veces se exagera, como en *La tragedia del generalísimo*, donde Miranda participa en los juegos lésbicos de unas adolescentes, aunque así se trata de mostrar que era un hombre muy abierto, nada rígido...

F.D.P. —Yo conozco la novela de Romero, yo fui jurado del Premio Casa de las Américas; es una novela espléndida, aunque excesiva y *sexista*. No conozco la vida de Miranda, pero parece que fue un gran amante. Sí, me parece un poco excesivo allí también. En mi novela se justifica un poco más eso, porque tanto el exceso de sexo como la ausencia total pueden producir una obsesión tremenda. El monólogo de Carlota tiene partes sumamente eróticas, partes sumamente obsesivas, relacionadas con el sexo; pero al mismo tiempo es contradictorio, porque Carlota manifiesta un deseo enorme de haber sido amada por Maximiliano y a veces lo

que expresa en un rechazo total. Pero Carlota está loca y la misma historia es contradictoria también. Todos somos contradictorios y he procurado conseguir una especie de equilibrio y no caer demasiado en eso tampoco.

J.J.B. —Las novelas históricas más importantes que se han escrito últimamente se basan en otras novelas o relatos, como biografías y memorias; y quisiera saber si en alguna parte de tu novela quisiste reescribir pasajes de *El cerro de las campanas*, de Juan A. Mateos, *Cultrario y tabur*, de Riva Palacio, *Maximiliano*, de Irene Paz, o alguna otra obra que se haya escrito sobre el Segundo Imperio.

F.D.P. —Bueno, no, porque me he encontrado con algo sumamente sorprendente y es que a pesar de que el tema es soberbio, no ha sido explotado adecuadamente. Es muy pobre la literatura que se ha escrito sobre Maximiliano y Carlota. Las dos únicas obras que me han parecido estar a la altura del melodrama histórico han sido la obra de teatro de Franz Werfel [*Juárez y Maximiliano*, 1924] y la de Rodolfo Usigli [*Corona de sombra*, 1943], pero de todos modos son bastante limitadas, porque la tragedia y las intrigas alrededor son tan complejas que es muy difícil tratarlas en su totalidad en una obra de teatro. Werfel toca algunos aspectos de la historia y Rodolfo Usigli es mucho más amplio, pero también se ve limitado por la representación de la obra, que debe tener una determinada duración. Yo cito a Werfel y a Usigli casi al final de la novela. Me parece que la obra de Usigli es de lo mejor que se ha escrito, definitivamente lo más digno, lo más honesto, lo mejor documentado, pero en todo lo demás he encontrado una gran pobreza, una gran cursilería y una enorme parcialidad tanto de los mexi-

canos como de los europeos. En Europa se han escrito dos o tres novelas malísimas; esas obras que has mencionado no las conozco todas, pero respecto a *El cerro de las campanas*, te puedo decir que me parece una novela malísima, una novela muy cursi. Ahora, como es una novela de la época, uno encuentra una documentación muy precisa sobre la sociedad mexicana, las costumbres, los vestidos, los alimentos. Desde ese punto de vista me fue bastante útil. He leído varios libros escritos por viajeros extranjeros, comenzando por el libro genial de la Marquesa Calderón de la Barca, que tuve el gusto de releer en inglés, o sea en su original, y los libros de Stephen Bullock y de Michel Chevalier, que fue precisamente encomendado por Napoleón III, y otros; naturalmente, hice un acopio de datos enorme.

J.J.B. —Esos datos que revelan lo que podríamos llamar la influencia de Ripley en tus escritos. Tal vez esto no te guste mucho, pero yo diría que hay esa influencia también en Carpentier, a quien le gustaban mucho los datos curiosos.

F.D.P. —No, yo no me ofendo, porque algo que me gustó mucho de niño fue Ripley. Me gustó mucho y despertó mi curiosidad, mi pasión por toda esa serie de hechos curiosos; me gustaba y me sigue gustando por su originalidad, por su absurdo, por lo excepcional. Lo que pasa es que, como siempre, uno tiene que tratar de conseguir un equilibrio. Yo me he enfrentado en la novela a un problema muy serio: la historia de Maximiliano y Carlota está llena de detalles grotescos, absurdos y surrealistas. De todos modos, los temas históricos son universales, nadie es dueño de ellos, y ésta será una novela más sobre Maximiliano y Carlota; otros podrán escribir otras novelas sobre Maximiliano y Carlota. *

La vida (a)leve

EL HUEVO PASADO POR AGUA

En el imaginario "taller de Mairena" (ver *Vuelta* 105), nos sale ahora un alumno en quien lo atrevido no excluye a lo respetuoso. Es cierto que interpreta nuestro tema en forma no prevista por el Maestro, y que no menciona los utensilios usados en una operación que no me atrevo a llamar "culinaria". Pero ¿quién negaría que expresa —fiel a la primera condición exigida de un poema por Mairena— el "sentimiento del tiempo"? —ese tiempo que se "encoge" recordándonos aquí, después de todo, aquello de "Ars longa, vita brevis"? U.G.L.

HUEVOS PASADOS POR AGUA

Un famoso Charles Atlas
(aquel que fue un alféique
de cuarenta kilos y que
llegó a Hércules un día)
recomendaba poner
los huevos en agua helada,
pero no pasaba nada
más que el tiempo se encogía.
¡Oh tiempo, Fénix fallido!
Aquellos gélidos huevos
no quedaban como nuevos,
aunque un sabio lo decía.

Gabriel Zaid